

J. ALBARRAN, MAESTRO, UROLOGO CUBANO

(A los 102 años de sus natales)

Por el Pro. M. Y. MONTEROS-VALDIVIESO

"Era, incuestionablemente, el más grande de todos los cirujanos urinarios en todos los países" (CATHELIN.)

"Era digno hijo de Cuba, con la indómita independencia de carácter que le es propio" (HEITZ-BOYER).

Síntesis biográfica

Nueve de mayo de 1860. Dato histórico en el calendario científico, en los Anales de la Urología mundial. Es fecha del nacimiento del urólogo más renombrado y, por ende, admirado en ambos Continentes. Trátase de **Joaquín María Albarrán y Domínguez**; sabio, verdaderamente sabio en su difícil e intrincada especialidad. Sin disputa, no hubo émulo en su época, ni ulteriormente, que le superara en maestría operatoria y en acopio y calidad de conocimientos sobre materia urológica, a la cual, con los privilegiados dones de su talento creador, impulsó hasta el máximo, si cabe el término. Fué un urólogo-cirujano cabal.

De ahí, en gracia a sus elevadísimos méritos, el Consejo Mundial de la Paz acordara celebrar los cincuentenarios cumplidos en este año 1962 de célebres personajes que son honra de la Humanidad, y entre ellos se ha seleccionado la gigantesca figura científica de nuestro Albarrán, quien cumple hoy una centuria y dos años más de nacido.

Nació él en una pequeña, recatada y bonita ciudad cubana, santiguada a principios del siglo pasado con el nombre de Sagüa la Grande.

Don Pedro Pablo Albarrán y de la Calle, gaditano, y Doña Micaela Domínguez, matancera, fueron los felices progenitores. El distinguido matrimonio disfrutaba de una sólida economía y eran respetados y queridos en el lugar por su intachable compostura social.

Joaquín Albarrán tuvo el infortunio de quedar huérfano de madre cuando apenas contaba dos años de edad, y de padre, dos años más tarde.

Las primeras letras las cursó en su ciudad natal. Luego, a los nueve años de edad, prosiguió los estudios escolares en el Colegio de Belén de La Habana. En el mismo plantel ignaciano inició su bachillerato.

A propósito, atestigüese que Albarrán no hizo buenas migas con los jesuítas, sus maestros. Créese que despuntó adjurando, en cierto modo, las enseñanzas religiosas, de la educación y fe cristianas que en el hogar, escuela y colegio le inculcaron. Buena prueba de ello estíbase, sería su temprana filiación, aproximadamente a los doce años de edad, en una Logia masónica de Barcelona, la Ciudad Condal, a donde a insinuaciones de su padrino, el médico catalán Dr. Joaquín Fábregas, había ido a terminar estudios.

Quizás –discurrimos– no pasó de ser un simple adepto eventual; pues como francmasón –según nuestras averiguaciones– jamás militó en la Gran Logia de Francia. Obran en nuestro poder fidedignos documentos probatorios. Ahora, su posible filiación en una Logia barcelonesa sí cabe dentro del ámbito de lo creíble; en atención a que, por esa época los patriotas cubanos, y en particular la juventud, andaban empeñados en obtener la libertad política a costa de no importa qué torrente de sangre y número de vidas obladadas.

Y, dicha sea la verdad, la Masonería rindió por entonces una valiosa ayuda a la sagrada causa de la primera emancipación de nuestra América: que la segunda, verosímilmente la de mayor envergadura, está ya en camino.... a punto de cuajar, con las características y resonancias propias de un socialismo integral, a imagen y semejanza de la Revolución Cubana: la Primer Nación Socialista puesta en órbita en los abiertos cielos de Amerindia, y... a sólo noventa millas de las pezuñas del endriago!

Decíamos, factible es, y nada extraño sería desde luego, que el joven Albarrán y sus compañeros cubanos se ampararan, allá en Barcelona, o buscaran auspicio y aliento para sus propósitos independentistas en una asociación secreta como la masónica. De nuestros estudios acerca del generoso carácter suyo y de sus mag-

nificas calidades cívicas, deducimos que jamás anduvo de espaldas a las ideas libertarias de su patria cubana.

De modo que, volviendo al tópico de su precoz indiferencia a los ejercicios espirituales, en realidad parece que vivió ajeno a esa mística de Templo. La Iglesia y sus ritos no le sedujeron. Su conformación mental en tocante a creencias religiosas, ya en su madurez, anduvo muy definida y clara. Es decir, podríamos catalogarlo, sin temor a pecar de ligeros en juicio, que discurrió franco por la ancha y alumbrada acera de los librepensadores.

Y más aún: cultivó el positivismo como doctrina filosófica. O sea, siguió a Augusto Comte, el fundador de tal sistema, que admite y cree sólo en el método experimental.

Como veíamos hilvanando la semblanza de Albarrán, por el año 1872 lo tenemos ya avecindado en Barcelona, en cuyos colegios concluyó, al año siguiente, el Bachillerato. Acto seguido ingresó en la Escuela de Medicina, cursando la carrera universitaria hasta la licenciatura. Endosó a su haber las mejores calificaciones. Amén de objeto de admiración de profesores y condiscípulos por su dedicación al estudio y, principalmente, por sus despejados y singulares talentos.

Obtenido el grado de Licenciado en Medicina, en 1877, parte inmediatamente a Madrid con el fin exclusivo de rendir el grado de Doctor. Y, asimismo, por noviembre de 1878, lo logra con las más altas notas. La Tesis de Grado que presentó llevaba el rubro de "Contagio de la Tisis". Fué este trabajo su primer debut, y también su primer hito, con caudales de escritor científico. Su lectura devino en éxito rotundo entre el numeroso público oyente. Los matritenses arrancaron en nutridos aplausos.

Apenas dieciocho años cumplía cuando sus sienes ciñeron el bonete y sus hombros la toga de médico. Resultaba demasiado joven para ejercer la profesión en Cuba. La Constitución se lo prohibía. Entonces decidió hacer tiempo visitando ciudades europeas. Entró en París, y estando allí determinó cursar nuevamente la carrera médica. Sobrado tiempo tenía para ello. Máxime que París era una atracción y su Escuela de Medicina un aliciente: élla gozaba de enorme ascendencia y autoridad científicas entre las más conspicuas de Europa.

Y allí se quedó... Hizo el firme propósito y la recta intención de acrecentar sus conocimientos para luego regresar a sus lares. La mar de reminiscencias infantiles afloraban a porfía en su mente joven. Su familia, sus compañeros de infancia y sobre todo su Cuba que se debatía en cruenta lucha libertaria reclamaban pertinazmente su retorno. Pero..., más tarde decidió permanecer por siempre en la capital que baña el Sena.

París le abrió amplia y generosamente sus brazos: le dio honores, hogar y fortuna. El se lo merecía. La vieja y deslumbrante Lulecia no suele prodigar sus favores a cualquier advenedizo. Había que ser hombre excepcional para que ella se dignase a obsequiarle una sonrisa...

El caso es, que, un buen día, el célebre histopatólogo Ranvier se enteró que el joven cubano se aprestaba a regresar a Cuba para ejercer su profesión, cursada ya dos veces. Habíase graduado nuevamente en 1883. Ranvier hizo llamar. Y Albarrán acudió a verle. El viejo Maestro, en charla amistosa con su discípulo, le esbozó el sombrío cuadro de su futuro profesional si regresaba a la Isla. Le hizo ver que su brillante porvenir estaba en París, ombligo de las Ciencias y de las Letras. Le habló incluso de las grandes posibilidades de obtener plaza de cirujano en los hospitales de la capital, puesto que pronto iban a celebrarse oposiciones para el Externato e Internato. Aquella entrevista significó el momento crucial de su vida.

Albarrán le prestó oídos atentos. Determinó quedarse y competir a fin de alcanzar las ambicionadas plazas hospitalarias. En efecto, salió invicto en las competencias y logró la externatura y la internatura, sucesivamente, con un año de por medio. Entre los concursantes ocupó siempre el primer puesto. ¡No en balde Ranvier le auguraba victorias! El sabía que el cubano estaba dotado de una gran capacidad de trabajo, de eficiencia y de un envidiable inteligencia. Albarrán disfrutaba de unas dimensiones mentales nada comunes.

Trabajó y estudió infatigablemente en las cátedras de los reputados profesores Trélat, Le Dentú, Grancher (casado éste con cubana) y Guyón. La Bacteriología la estudió con el inmenso Pasteur. En todos los Servicios citados se destacó como alumno sobresaliente. Pasteur mismo no tuvo reparos en recomendarlo pa-

ra que integrase la Comisión Francesa que iría a España a combatir una epidemia colérica desencadenada a la sazón, año 1885.

En el ínterin de su internado le ocurrió un desagradable incidente que estuvo en un tris de costarle la vida. El caso es que por atender a un diftérico se contagió. Estuvo sumamente grave. Con este motivo –y aquí traemos a colación un extraordinario hecho histórico, quizás único en los anales de la Cirugía– abandonó el lecho y se dirigió al quirófano del Hospital, y, a fin de facilitar la expulsión de las seudomembranas de exudado fibrinoso –características de este tipo de enfermedades infecciosas agudas– que lo ahogaban, se situó frente a un espejo y se auto- practicó una traqueotomía.. .

¡Gran acopio de pulso, valor y firmeza de carácter requiere para ejecutarse a sí mismo una intervención quirúrgica de la laya! Pero... de esta calidad de hombres de acero estaba forjado el famoso cirujano y urólogo cubano.

En 1894 se promueve un nuevo concurso para Cirujano de los Hospitales. Albarrán tercia en el evento científico y lo gana ocupando el primer puesto entre los numerosos aspirantes, de gran nombradía que eran ya muchos de ellos.

Por entonces, su nombre, como estupendo cirujano, circulaba de boca en boca por toda Francia. Su impecable habilidad en el manejo del escalpelo y sus vastos conocimientos en ésta, su especialidad quirúrgica, trascendieron las fronteras galas. Miembros de la realeza, conocidos potentados e ilustres pacientes de cercanos y lejanos países solicitaban ponerse bajo tratamiento suyo o bien para ser intervenidos por el prodigio de su aguzado bisturí. La magia de sus manos benefactoras llevó la salud y la alegría a millares de dolientes.

Su paso por la asignatura de Guyón fué de suma brillantez, y, por consecuencia, decisivo para el porvenir de su carrera de urólogo.

Significó un feliz encuentro entre Maestro y Discípulo. Los dos cerebros marcharon al unísono y rindieron preciados frutos.

El gran Guyón, de fama universal –fundador de la cátedra de las Vías Urinarias de la Escuela de Medicina de París y cono-

cido como **e1 padre da la Urología francesa**—, apreció en mucho los subidos kilates que marcaba su alumno cubano; por eso lo retuvo a su lado. Al crearse la Cátedra de las Enfermedades de las Vías Urinarias en el Hospital Necker, Guyón lo llevó de Jefe de Clínica (año 1890). Un par de años más tarde (1892) lo hizo profesor Agregado de Cirugía. Por el 1901, Albarrán alcanza la jefatura del Servicio de Urología del Hospital Necker.

El sabio cubano había enfilado ya, en línea recta, hacia la conquista de los honoríficos cargos en el ramo del magisterio.

En las postrimerías del año 1906, con 46 años cumplidos, y por unanimidad de votos, culmina su vertiginoso ascenso en el terreno de la docencia cubriendo la cátedra que el célebre maestro Félix Guyón rectoraba. La dejó vacante por haberse jubilado. Expresaba, sin duda, el laurel más estimado y espléndido para el Profesor Albarrán. Ello colmaba sus más caras ilusiones. Significaba haber ascendido al más alto sitial en su proficua carrera de maestro.

Su lección inaugural, dictada en el anfiteatro de la Clínica Necker, constituyó un paradigma de erudición y enjundia. A ella asistieron el Profesorado en pleno, la totalidad de alumnos, científicos de dentro y fuera del país y un selecto público. Esa su primera lección, publicada y comentada en varios idiomas, hizo historia en el mundo de la urología moderna.

Desgraciadamente, como veremos después, pronto se vió impedido a seguir impartiendo sus sabias enseñanzas. Una incipiente tuberculosis le impuso guardar reposo absoluto. No sobrevivió mucho tiempo: pocos años más tarde tronchóse su noble existencia.

Albarrán era humano y científico a la par. Poseía un corazón magnánimo, predispuesto a las más finas sensibilidades. Se condolía de la pobreza, de la orfandad y del dolor de sus semejantes. Bellas páginas de humanitarismo ha cincelado a diario este hombre cargado de ciencia. Son numerosos los relatos que se tejen al respecto. De allí que Cathelin, quien tiene escrita una magnífica biografía acerca de su Maestro, dijera:

“Lo que para mí fué la característica de Albarrán es que fué tan grande por el corazón como por el espíritu... Este hom-

bre no cometió en su vida un solo acto mezquino. El hizo las cosas de una manera noble y caballerosa... El tenía una vivacidad extraordinaria, vivacidad de gestos y vivacidad de pensamientos que traicionaban mucho la movilidad de sus ojos. A pesar de la corta duración de su vida, desde el punto de vista cerebral él ha vivido diez vidas, tal fué de grande la intensidad de sus sentimientos, de sus actos y de su éxito... Albarrán fué no solamente un hombre de ideas, sino también y sobre todo un hombre de realizaciones. El fue a la vez un hombre de sueño y de acción, si se entiende por sueño nuestras más fecundas hipótesis y las premisas de la idea directriz..."

Era profesor, cirujano, urólogo e investigador de insuperable calidad. Dominó la Anatomía e Histología normales; la Bacteriología; la Fisiología normal y patológica; la Patología general y especial. Fué un innovador en la técnica operatoria; creador e inventor de algunos aditamentos y aparatos auxiliares para la cistoscopia; tales, por ejemplo, la mundialmente conocida "**le onglei d'Albarrán**," que rindió un imponderable servicio reduciendo al mínimo el índice de mortalidad de los nefríticos.

No sin razón, allí, en el **Grand Palais**, precisamente en el Palacio de los Descubrimientos (en París) sus obras e inventos, que son reliquias científicas, se guardan celosamente, y su nombre grabado está en honra a su memoria. También en el antiguo Hospital Cochin hay un hermoso Pabellón que lleva su apellido en lo alto de la fachada.

En las especialidades de la Bacteriología e Histología, ramas médicas poco exaltadas por sus biógrafos, obtuvo resonantes triunfos. Como bacteriólogo, realizó el descubrimiento —con la colaboración de Hallé— de la bacteria piógena —equivalente al colibacilo— conocida como agente de las infecciones urinarias. De idéntico modo, determinó el papel que cumplen los anaerobios en las supuraciones periuretrales y en la llamada "infiltración de la orina".

Como histólogo y anatomista, descubrió los túbulos glandulares existentes en la región prostática de la uretra, a nivel o debajo del cuello vesical, entre la capa muscular y la mucosa, y que comprenden los grupos central (debajo de la mucosa), submontanal y subcervical, más otro periférico de glándulas peri-

uretrales. Se las conoce con el dictado de glándulas de Albarrán.

Se destacó como científico de ideas propias. La independencia y tenacidad de su carácter le condujo hacia las realizaciones y logros más difíciles y fecundos. Sus grandes contribuciones a la ciencia urológica están contenidas en los tres centenares de trabajos que dió a la estampa. Entre ellas recordamos los siguientes títulos de obras suyas, famosas y fundamentales: **El riñón de los urinarios. Los tumores de la vejiga; Los tumores del riñón; Exploración de las funciones renales; Medicina operatoria de las vías urinarias**-¹ etcétera; con 500, 600 y más de 700 páginas algunas de ellas.

El insigne maestro urólogo cubano obtuvo numerosos premios, y fué miembro de las más conspicuas Sociedades y Academias científicas; así mismo, laureado y condecorado con medallas de oro varias veces.

Legueu, refiriéndose a su portentoso talento y a ese sello de singular personalidad que le acompañaba, escribe:

“...Albarrán tenía muchos dones personales y, sobre todo, una inteligencia prodigiosa que alumbraba a veces con los resplandores del genio y daba incluso a su persona una inexprsable impresión de valor y autoridad.”

Habíamos expresado que el Profesor Albarrán hubo de abandonar la Cátedra de Urología por enfermedad. En efecto, esto ocurría por el año 1908. Una tuberculosis, a mala hora complicada con una diabetes, segaron la vida de un gran genio en pleno encumbramiento.

Al sentirse herido... decidió viajar por distintas playas en búsqueda de sol y cura a sus tremendos males. Todo fué inútil. Fatigado de peregrinar, se retiró a la gironcina bahía de Archón. Y allí, en la villa de su propiedad llamada "**Des Mouelts**" ("Las Gaviotas") se detuvo a reposar...

Dinero y ciencia fueron impotentes en recuperarle la salud perdida. El ilustre sabio cubano empeoraba día a día. Los médicos luchaban obstinadamente en salvar su preciosa vida. Vana ilusión. El estaba próximo a entrar en sueño profundo..., absoluto e interminable, de esos sueños que no acaban jamás!

Un 17 de enero de 1912, rodeado de su adorable familia, el incomparable galeno cubano dejó de existir[^]

¡Ah! Pero no sin antes posar su devoto pensamiento en la lejana patria chica: Sagüa la Grande, la hidalga Villa del Undoso. Habíale encomendado a un amigo suyo que hiciera saber a los sagüeros que él moría puesta la mente en ellos. Su inmaculado amor a Cuba estuvo presente hasta el postrer instante.

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo de la Habana, el 6 de noviembre de 1940.

S U M M A R Y

A biographic review of Professor Albarran's life, from his birth to this death, showing his great vocation for medicine and telling how, thanks to his personal efforts and great talent, he was able to conquer a leading position in French medicine.

Speaking of his "Opening Lecture" the author says it was a model of erndition and learning that made history in the world of modern urology.

S O M M A I R E

L'auteur fait, dans cet ouvrage, une synthèse biographique du Professeur Albarrán, depuis sa naissance jusqu'à sa mort, faisant ressortir sa grande vocation pour la médecine et montrant comment il parvint a conquérir, par ses propres efforts et son grand talent, une place de choix dans la médecine française.

En parlant de sa "Leçon Inaugurale", l'auteur signale qu'elle fut un véritable modèle d'érudition et de savoir qui fit histoire dans le Monde de l'urologie moderne.